

tratados de filosofía, tradujo á Plinio, la *Sforziada* de Juan Simonetta, á Virgilio y Horacio, hizo á Dante largos comentarios, sacados acaso de las lecciones que daba públicamente, y en los cuales, además del sentido material, buscaba otro oculto y moral. Á imitación de Platon y de Tulio, escribió las *Disquisitiones camaldulenses* ó diálogos con ilustres personajes, atrayendo hácia la virtud sus demasiadas sutilezas feóricas, aunque no evitó los delirios platónicos. Usaron también el diálogo Valla para defender las doctrinas de Epicuro, Bárbaro, Platina, Palmieri, Alberti, Pontano y Mateo Bosso; Pablo Cortese, al imitar el *De claris oratoribus*, caracterizó muy bien á los doctos de su tiempo.

Pollicia-
no. 1454-
94.

Más célebre es Ángel de Monte Pulciano. Recibido siendo jóven en casa de Lorenzo de Médicis, que comprendió su ingenio, era profesor de elocuencia griega y latina á los veinte y nueve años, sabía el hebreo, y es tenido por uno de los que sacaron de su abatimiento á la poesía italiana, volviéndole su antigua elegancia, y recibiendo de sus émulo honores é insultos de todas clases. Sus *Misceláneas*, que eran una colección de cien reglas de gramática, de alusiones, y de costumbres sacadas de los autores latinos, eran reputadas como una obra maestra, siendo una gloria el ser mencionado en ellas y una injuria el haber quedado olvidado. Trata aquellos asuntos con sólida y amena variedad, bien rara por cierto en los eruditos, y con mayor pureza que los precedentes; sintiendo vivamente las bellezas romanas, describiendo con perfección y sirviéndose con gran tacto de los clásicos, que son superfluos en las descripciones, usan con exceso los diminutivos, y faltan continuamente á la propiedad (1).

Otros también escribieron en versos latinos, entre ellos Juan Bautista el Mantuano, á quien se honró erigiéndole una estatua junto á la de Virgilio, al cual Erasmo no le creía inferior. ¿Quién se acuerda hoy de él? Maffeo Vegio tuvo la osadía de escribir el libro XIII de la *Enéida*. Vale más que los anteriores Joviano Pontano, presidente de la academia de Nápoles, que fué

(1) Despreciando con toda su alma á los Bárbaros, los invita á admirar las bellezas y las buenas cualidades de los Italianos, demostrando que conoce en qué consiste el mérito y aun cuál era el verdadero mérito de los Italianos: « Admirentur nos, sagaces in inquirendo, circumspectos in explorando, subtiles in contemplantis, in judicando graves, implicitos in vincendo, faciles in enodando. Admirentur in nobis brevitate styli foetam rerum multarum atque magnarum, sub expositis verbis remotissimas sententias, plenas questionum, plenas solutionum; quam apti sumus, quam bene instructi ambiguitates tollere, scrupulos diluere, involuta evolvere flexanims syllogismis, et infirmare falsa, et vera confirmare. Viximus celebres, o Hermolae, et posthac vivemus, non in scholis grammaticorum et pedagogis, sed in philosphorum coronis, in conventibus sapientum, ubi non de matee Andromaches, non de Niobes filiis, atque id genus levibus nugis, sed de humanarum divinarumque rerum rationibus agitur et disputatur. In quibus meditandis, inquirendis et enonandis, ita subtiles, acuti acresque fuimus, ut anxii quandoque nimium et morosi fuisse forte videamur, si modo esse morosus quispiam aut curiosus nimio plus in indaganda veritate potest. » POLIT. *Epist.* lib. IX.

la más célebre cuando cayeron las de Roma y Florencia.

Ocupábanse en comentar los escritores antiguos para formar con ellos lecciones útiles, facilitar su conocimiento y ayudar á escribir con corrección. Entónces se tradujeron muchísimos autores griegos, y para facilitar la inteligencia de los textos reapareció la historia, la mitología y las antigüedades. Aquellos comentarios abundaban en frivolidades, ridiculeces é interpretaciones falsas, porque no se conocía bastante la fuerza de las palabras, y aun se ignoraba muchas veces su significado; pero careciendo de diccionarios y gramáticas, tenían que dejar á un lado la jerga de la edad média, y examinar qué había y qué no había en los clásicos, cuyos textos escaseaban todavía; tenían en suma que adivinar la lengua, explicar un autor por otro; é ir en busca del oro á riesgo de perecer en la mina. Nosotros, ricos ya con sus afanosos desvelos, los tratamos con ingrato desprecio, y tenemos la gloria de poseer aquello que no queremos concederles la gloria de haberlo conquistado.

Sus encarnizadas disputas fijaron la filología, porque tenían obligación de dar cuenta de todas las frases y palabras. Después vinieron los diccionarios, que sirvieron de mucho: Uguccione, obispo de Ferrara, compuso uno á imitación del de Papia: Buoncompagno escribió acerca de la disposición ingeniosa y natural de un diccionario: el *Catolicon* de Juan de Génova, que forma un grueso volumen, impreso por Guttenberg en 1460, y comprende gramática y diccionario, es poco conocido, y sin embargo, superó mucho más de lo que podía esperarse; cita en él gran número de clásicos latinos, conoce el griego (1), y del mismo modo que Papia y otros lexicógrafos, no excluye á los Santos Padres, cuya inteligencia formaba gran parte de los estudios de entónces. El primer diccionario griego parece ser el de Creston, natural de Plasencia (2), después el *Etimológico* de Marcos Musuro (3), luego los de Roberto Constantino, de Scapula, y de Enrique Stéfano.

También fueron honrados aquellos filólogos con el encargo de educar los hijos de los príncipes, no habiendo uno solo que no estuviese á su cuidado. Fué célebre entre ellos Vitorino de Feltré, que educó á los hijos de Francisco Gonzaga de Mantua. Era un padre cariñoso á la vez que hábil maestro, y á él acudían desde Francia, Alemania y Grecia, seguros de encontrar todos los medios de instruirse en las ciencias y en las bellas artes, porque se había rodeado de maestros de todos los bellos ramos del saber. Hacía que sus discípulos explicasen exactamente sus lecciones, para llegar á obtener una literatura correcta. Nada publicó, y lo que es muy extraño

(1) *Mihi non bene scienti linguam graecam*, no quiere decir que la ignore, como supone Eichhorn.

(2) *Johannis Crestoni monaci placentini, lexicon seu vocabularium graecum cum interpretatione latina*, 1480.

(3) *Marci Musuri Etimologichon megala, seu Dictionarium magnum etymologicum, graece cum praefatione graeca*. Venetia, 1499.

entre aquellos doctos iracundos es no hallar uno que hablase mal de él. Francisco Prendilacqua, su discípulo, escribió su vida en estilo elegante, consiguiendo el hermoso resultado de hacer amar á su héroe.

Es extraño que los príncipes futuros, gobernantes de los pueblos, se hallasen al cuidado de gente ignorante de la ciencia de gobierno, y capaz únicamente de educar á un sacerdote ó á un abogado. Pero aquella costumbre se perpetuó, y mientras los antiguos enseñaban en sus escuelas la historia y las ideas de la propia nación, y el estudiar las extranjeras fué capricho ó erudición de unos pocos, en las modernas, por el contrario, se educaron los hijos en distinta lengua que la de los padres, con leyes y sociedades diferentes de la suya; así que los sentimientos de la sociedad estaban en discordancia con los de la escuela.

Con el estudio de las lenguas antiguas se pusieron las nuevas, pero tal vez se desnaturalizaron; el gusto se refinó, pero la imitación ahogó la originalidad; se pensó más en conocer la vieja civilización que en perfeccionar la moderna, y las imágenes, los pensamientos y las leyes poéticas de aquellos eruditos eran los de otro tiempo; no había una chispa de genio ni un verdadero arranque de elocuencia para llorar las desventuras de entónces y ensalzar dignamente la nueva civilización, y ocurrió un mal peor que el literario, es decir, se aprendió á separar el sentimiento de la palabra, la literatura de la acción, el estilo del pensamiento; aquellos gramáticos llamados para los cargos de la magistratura y de secretarios, eran (excepto algunos como Salutati y Piccolomini) ineptos para todo lo que no fuese pronunciar discursos de defensa, en los cuales ne se ceñían á decir las cosas más importantes, sino que se fijaban en lo que mejor se podía expresar en latin; preferían las córtés á las repúblicas regidas por simples magistrados, deseosos del bien público, porque en aquellas podían obtener protección y pronunciar discursos; juzgaban al mundo no por lo que era en sí, sino por su exterior, y á los autores más por su estilo que por sus ideas; ocultaban la tiranía con bellas frases; disculpaban la injusticia, y acostumbraban á decir adulaciones que cualquiera hubiera tenido rubor en expresar en la misma lengua que hablaba con sus amigos. En los funerales de los príncipes, además de adular y mentir, no evitaban las chanzas en la narración, ni trataban de nada que recordase que hablaban ante los altares.

Estudios de tal naturaleza solo podían sostenerse por medio de la protección de los grandes, y la tuvieron; los tiranuelos de Italia favorecían á porfía á los literatos, como si esperasen de este modo engañar á la posteridad. Roberto de Nápoles decía á Petrarca: *Me quedaria mejor sin corona que sin letras* (1); estudió á Virgilio por consejo de este, y pronunció sermones en las

(1) PETRARCA, *Op.* vol. III, 1252.

funciones de Iglesia y discursos doctrinales. Los Scaligeri daban acogida á todos los que tenían talento; entre los Carrareses, Jacobo envió doce jóvenes á las escuelas de Paris, y Francisco visitó muchas veces en Arqua á Petrarca, que le dedicó el *Gobierno de la República*; los duques de Saboya fundaron la universidad de Turin; muchos Estensi cultivaron las letras, particularmente Leonel, cuyas cartas son las mejores de aquel tiempo; entre los Visconti, Oton fundó cátedras en Milan, Luchino escribió en verso y fué admirado por Petrarca, Juan instituyó una cátedra para explicar á Dante, hasta el oscuro Felipe Mario halagó á los literatos; más hizo su yerno Sforzia que protegió al arquitecto florentino Francisco Filarete, á Bonino Mombriozio, Lodrisio Crivelli, Franchino Gaffurio, que fué el primero que abrió una escuela de música, y á Constantino Lascáris, el cual imprimió en Milan la primera gramática griega. Alfonso de Aragón hacía que le leyese continuamente cualquier autor clásico, mezclando eruditas preguntas, y ni aun en la guerra dejaba los *Comentarios* de César, ni á Quinto Curcio; un día mandó que callase la música para oír á Tito Livio; premió con novecientos escudos de oro á Giannozzo Manetti, que fué á su corte de embajador de Florencia; iba á pié á oír á los profesores de la universidad, y honró y protegió á Antonio Panormita, Juan Solerio, Luis Cardona, Fernando de Valencia, al cardenal Bessarion, á Teodoro Gaza, Filelfo, Nicolas de Sulmona, Juan Aurispa, Juan Pontano y á otros muchos; cuando murió Julian de Mayano, mandó que acompañasen el cortejo fúnebre cincuenta vasallos suyos vestidos de luto. Es inútil volver á hablar de los Médicis, y ya hemos dicho bastante de Nicolas V y de Eugenio IV.

Se aumentaban á porfía las pensiones de los literatos, se les concedía honores, se les confiaban embajadas; su paso por las ciudades era un triunfo, asistían los príncipes á sus exequias; Carlos IV concedió á Bartolo que añadiese en su escudo las armas de Bohemia; este jurisperito defendió que un doctor, después de haber enseñado diez años de derecho civil, es caballero *ipso facto*. Ya hemos referido los triunfos de Petrarca, y qué aconsejaba á los príncipes y á los papas. Juan Galeazo Visconti decía, que le causaba más miedo una carta de Coluccio Salutati que mil caballeros florentinos.

Todos tomaban parte en aquellas glorias y en aquellas disputas; el descubrimiento de un códice era un acontecimiento ruidoso, y á la verdad ¿cuán grande debía ser el placer de leer los clásicos ántes que en las escuelas inspirasen fastidio aun á los niños? Dante era explicado en las cátedras y hasta en las iglesias; la mayor parte de las cartas versan sobre la indagación de manuscritos; el duque de Glocéster da las gracias más expresivas á Decembrio por haberle enviado una traducción de la *República* de Platon; las misceláneas de Poliziano fueron esperadas como un mesías, y devoradas apenas aparecieron.

ron. Si la envidia y las facciones rechazan á un literato, en cambio está seguro de encontrar honores y pensiones donde quiera que vaya con el solo patrimonio de su propio mérito; cuando murió el jurisconsulto Juan de Legnano, se cerraron las tiendas; cuando el único Accolti recitaba versos, toda la ciudad dejaba sus ocupaciones, se ponía iluminación, y los doctos y los preladados interrumpían su declamación con los aplausos. Hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo se deberá hacer por la fe de la erudición.

En suma, la literatura no era pasatiempo, sino vida, no instrumento sino fin; la afición á la antigüedad borraba toda diferencia de sentimientos, de religión, de edad; el entusiasmo había invadido hasta á la crítica; ¡feliz el que enmendaba un pasaje equivocado ó adivinaba un error en su texto ó en su competidor! Había contiendas sobre la interpretación de un pasaje: Traversari y Marsupini disputaron por un verso de Homero (1) tanto como los teólogos acerca del sentido de la Escritura, y las cuestiones de arrebatados pedantes interesaron y dividieron ciudades y provincias enteras.

Escuelas.

La universidad de Bolonia conservó su importancia, é Inocencio VI añadió una cátedra de teología; los Trevisanos abrieron una con nueve doctores famosos, entre los cuales estaba Pedro de Abano; los Pisanos eximieron de impuestos los libros de ciencias y de derecho canónico; la universidad de Plasencia, fundada por Inocencio IV, decayó de su primer estado, pero fué restablecida despues por Juan Galeazo. En Milan había lecciones públicas de jurisprudencia, veinticinco maestros de gramática y de lógica, cuarenta copistas, mas de sesenta maestros elementales, mas de ciento ochenta profesores de medicina, filósofos y químicos, muchos de los cuales estaban pensionados para asistir á los pobres. La universidad de Pavia, fundada y engrandecida por los Visconti (segun dice Azario, pág. 406), no perjudicó á las escuelas de Milan, aunque en aquella ciudad había abundancia de casas, vino, trigo y leña barata, porque los estatutos de estas concedían á los naturales del país y los forasteros el derecho de estudiar leyes, decretales, física, cirugía, notariado y artes liberales (2). Deseosos los Florentinos de restablecer su escuela, fundada en 1349, invitaron á Petrarca para que explicase en ella el libro que mejor le pareciese. La de Siena, que fué abierta en 1320 y cerrada despues, se reorganizó bajo los auspicios de Carlos IV, que estableció tambien otra en Luca. Los papas fundaron la de Fermo en 1303; Clemente IV la de Perusa en 1307; Bonifacio VIII fundó en Roma otra, en que posteriormente quedaron solo cátedras elementales; pero su

(2) Sobre aquel verso que dice

βουλομαι ἐγὼ σάον λάον ἐμμενεῖν, ἢ ἀπολέσθαι.

significa « quiero que el pueblo sea libre ó perezca, » ó « quiero que el pueblo sea libre ó perecer. » Filelfo vió que uno y otro se equivocaban.

1) GIULINI. Contin. II, 594.

destierro a Aviñon hizo que desapareciesen Juan XXII instituyó otra en Córcega en 1331; Benedicto XII otra en Verona en 1339. El concilio ecuménico de Viena mandó que en las universidades de Roma, Paris, Oxford, Bolonia y Salamanca, hubiese dos profesores de lengua hebrea, árabe y caldea.

Hasta aquí he hablado casi solo de Italia, porque verdaderamente podia decirse que estaba en ella el trono de la literatura clásica; sin embargo, tambien fué protegida en otras partes. La Alemania, que en el siglo anterior había descendido hasta lo mas despreciable del saber (1), recobró el amor á la literatura clásica; Carlos IV fundó la universidad de Praga, sirviendo de tipo la de Paris, con biblioteca para uso de los maestros y de los estudiantes, y con arreglo á esta se arreglaron las de Viena, Heidelberg, Colonia, Erfurt, despues las de Würzburg, Leipzig, Ingolstadt, Rostok; Tübingen imitó á Bolonia y fué imitada por Wittenberg Helmstadt (2).

Enéas Silvio da una idea pobre de aquellas escuelas y de aquella civilización: « Hay en Viena, dice, una escuela de artes liberales, de teología y de derecho pontifical, pero moderna, y concurren á ella muchos estudiantes de Hungría y de Alemania. He sabido que al abrirse la universidad han enseñado en ella dos teólogos célebres, Enrique de Asia, autor de obras notables, y el Suevo Nicolas de Dinckespuhel, insigne por sus costumbres y saber, cuyos sermones se leen con gusto por las personas instruidas. Ahora está allí Tomas Hasselbach, teólogo que no carece de fama, y que dicen escribe libros útiles de historia, y yo elogiaria sus conocimientos si no hubiese invertido veintidos años en explicar el primer capítulo de Isaías, sin llegar al fin. Lo peor, sin embargo, de esta escuela es que se dedica demasiado tiempo á la dialéctica, cosa que tan poco fruto produce. Se examinan principalmente los que aspiran á maestros de artes, despreciando la música, la retórica y la aritmética, y en su ignorancia presentan cualquier verso ó carta escrita por otro. Todos sus trabajos consisten en argumentar y en promover vanas discusiones; muy pocos conocen á fondo los libros de Aristóteles, ni de otros filósofos, contentándose con los comentadores. Además de esto los estudiantes prefieren los placeres, el vino y la vida alegre, y los pocos

(1) Leibnitz dice que el siglo x puede llamarse de oro, comparado con el xiii: Heeren llama á este uno de los mas infecundos para el estudio de la literatura antigua: Meiners no acaba nunca de deplorarle; Eichhorn al principio del capítulo en que trata de él, dice *Die Wissenschaften verfallen in Barbarey*.

(2) La universidad de Viena fué principiada en 1364 y concluida en 1384; la de Heidelberg en 1386 en 1483 la de Colonia; en 1392 la de Erfurt; la de Leipzig en 1409; en 1410 la de Würzburg, destruida en breve y reconstruida en 1389; la de Rostock en 1419; de Lována en 1425; de Dole el año siguiente; Tréveris en 1434; Greifswalde en 1436; Basilea y Friburgo de Brisgovia el 1439; Ingolstadt en 1472; Tübingen y Maguncia en 1477; Wittenberg en 1502; Helmstadt en 1575.

que hay mas instruidos, carecen de ánimo; todo por efecto de la falta de vigilancia. Recordar en las calles de dia y de noche molestias á los ciudadanos y detras de las mujeres... No puede decirse cuántos víveres entran en la ciudad: todos los dias se introducen grandes cargas de pan, pescado y caza, sin que por la noche quede ya nada. En las vendimias, en que hay vacaciones por cuarenta dias, recibe Viena una inmensa provision de vino... Nada pierde de su buena opinion el que lo vende en su casa; y casi todos los ciudadanos ponen taberna, donde encienden una estufa y preparan comidas, invitando á los bebedores y á las mujeres, regalándoles, para que beban mas, algunas viandas, de cuyo coste se reintegran con la medida. Aquel pueblo sensual devora en un dia el producto entero de una semana. Por consiguiente, hay disputas todos los dias; ya son los artesanos que riñen con los estudiantes, ya ciudadanos que arman contiendas con los nobles, ya operarios que combaten entre sí... no hay fiesta sin sangre, ni hay tampoco magistrados ni guardias que separen á los combatientes... El vulgo es andrajoso y sucio, los viciosos abundan por todas partes, y hay pocas mujeres sostenidas solamente por sus maridos. Los nobles seducen á las de los ciudadanos, las cuales dejan la casa paterna de acuerdo con ellos. Las jóvenes eligen esposo sin consultar á sus padres; las viudas se casan durante el tiempo del luto... Lo demas conviene callarlo (1). »

Orden de Deventer. 1340-84.

Gerardo Groote, alumno de la universidad de Paris, fundó una orden (1376) cuyos individuos estaban obligados á ayudar á la sociedad con los talentos que Dios les había dado trabajando para sí y para los pobres. El que no era apto para los trabajos mecánicos se dedicaba á las ciencias y á la enseñanza, estándoles sin embargo prohibida la vanagloria de explicar á un auditorio numeroso y recibir salarios, que envilecen á la desinteresada nobleza de la enseñanza. En breve se extendió por Alemania aquella orden que unia la piedad al estudio, que eran dos pasiones en aquel tiempo, y en los monasterios llamados de San Jerónimo, de San Gregorio, de los Buenos Hermanos ó de la Vida comun, enseñaban varios oficios y la caligrafía; fuera de ellos tenían escuelas de lectura, escritura y mecánica para los niños pobres; á los otros les enseñaban latin, griego, matemáticas, bellas artes, y posteriormente tambien el hebreo; en 1433 contaban cincuenta y cinco casas, el triple en 1460, y en 1474 pusieron una imprenta en Brusélas. Tomas de Kémpis llevó este método á Santa Ines cerca de Zwill, donde se

1380-1484.

(1) ENÉAS SILVIO, *Epist.* CLXV.

(2) Cinco eran de Westfalia, Mauricio, conde de Spigelber, y Rodolfo de Langio, que llegaron á ser preladados; Antonio Liber, Luis Dringenberg, Alejandro Hegius y el Frison Rodolfo Agrícola. Hégius tuvo de discípulos á Erasmo de Rotterdam, Herminio von dem Busche, amigo de Lorenzo de Médicis, al papa Adriano VI y á Cristóbal Longolio, el que mayor comprendió

formaron los apóstoles de la literatura clásica de Alemania (2); recomendaba á estos que fuesen á Italia, y en efecto allí aprendieron el griego los que mas sobresalieron. Juan de Dalberg (*Camerarius Dalbergius*), obispo de Worms, formó una biblioteca con lo mas escogido de la de Heidelberg, que era reputada por la mas rica del mundo antes de la guerra de los Treinta Años, é instituyó en aquella ciudad la sociedad Renana, que unia los placeres á los estudios. Pertenecieron á ella Conrado Céltes, escritor correcto y fervoroso difundidor del buen gusto; Rodolfo Agrícola, que escribió mejor que los demas Alemanes (1). Reuclin, que acompañando á Roma al duque de Württemberg, se relacionó con los literatos italianos. Unamos á estos á Wessel de Groninga, que aplicó las artes á los libros sagrados; Langio, que revisó todos los clásicos que entónces se imprimieron en Alemania y alejó de las escuelas los libros anticuados. Gracias á estos obtuvo Alemania el primer lugar despues de Italia en el renacimiento de la literatura.

Francia contribuyó muy poco por su parte. Mateo Nicolas de Cleméngis fué el primero que explicó la retórica de Aristóteles y Ciceron á un numeroso auditorio, pero no tuvo séquito; ni la Sorbona ni la universidad de Paris tuvieron fama, excepto en los estudios políticos y doctrinales. Algunos Griegos é Italianos enseñaron en ellas humanidades; pero los maestros de griego y de retórica estaban excluidos del cargo de director, como hoy sucede con los de literatura moderna. Carlos V de Francia principió á formar la biblioteca del Louvre con novecientos volúmenes, que son misales y salterios ricamente encuadernados, algunos libros profanos, muy pocos clásicos, ningun Ciceron ni otros poetas, excepto Ovidio y Lucano. Elio Antonio de Lebrija (*Nebrissensis*), al volver de Bolonia á Andalucía, su patria, publicó algunos libros para facilitar los estudios clásicos, mientras en Hungría florecían, merced á Matias Corvino. En vano trabajaron algunos para introducirlos en Inglaterra, y la incorrección del latin de Oxford era proverbial. Ricardo de Bury, canceller de Eduardo III, dió su biblioteca á la universidad de Oxford con orden expresa de que estuviese á disposicion de los estudiantes, pero su catálogo (*Philobiblon*) demuestra su buena voluntad y su ignorancia.

á Ciceron en su tiempo. Liber reformó los estudios en Kempen, en Alemer y en Amsterdam; Langio fundó otra escuela en Munster; Dringenberg en Selestadt (Alsacia), adonde fueron Coarado Cettes (*Meissel*), Wimpbeling, Beato Renano y Bilibald Pirkheimer. V. SCHÜLL.

(1) Ermolao Bárbaro le hizo este epitafio:

Invida clausuranti hoc marmore fata Rodulphum
Agricolam, frisii spemque deusque soli.
Scilicet hoc uno merant Germania quidquid
Laudis habet Latium, Græcia quidquid habet.